

## FAMILIA E INICIACIÓN CRISTIANA

Manuel José Jiménez Rodríguez<sup>1</sup>

Partamos de un hecho significativo. En el año 1974 la Iglesia universal realizó un sínodo de obispos sobre la evangelización. Fruto de este sínodo fue la exhortación apostólica el anuncio del evangelio hoy (*Evangelii Nuntiandi* - 1975). Seguido por un nuevo sínodo en 1977 y por la exhortación sobre la catequesis de nuestro tiempo (*Catechesi tradendae* - 1979). Y en 1981 Juan Pablo II publicó su exhortación apostólica sobre la familia en el mundo actual (*Familiaris Consortio*).

Hoy acudimos a una situación parecida. En el año 2012 se llevó a cabo el sínodo de los obispos sobre la nueva evangelización. El año pasado, 2013, el Papa Francisco publicó su exhortación apostólica sobre La Alegría del Evangelio (*Evangelii Gaudium*). Y ahora, para este año 2014 se ha convocado un sínodo de obispos sobre la familia, cuyo tema principal será los desafíos pastorales de la familia en el contexto de la evangelización. A lo que vendrá después, se espera, una exhortación sobre la familia.

Esta simple y rápida concordancia de hechos y de documentos del Magisterio, muestra la clara y estrecha relación que existe entre evangelización y familia. La razón de esta relación la da el Papa Juan Pablo II al inicio de su exhortación apostólica sobre la familia: “En efecto, la familia cristiana es la primera comunidad llamada a anunciar el Evangelio a la persona humana en desarrollo y a conducirla a la plena madurez humana y cristiana, mediante una progresiva educación y catequesis” (FC 1).

También esta relación salta a la vista en el primer párrafo del documento preparatorio para el sínodo sobre la familia, en donde se lee: “la evidente crisis social y espiritual llega a ser un desafío pastoral, que interpela la misión evangelizadora de la Iglesia para la familia, núcleo vital de la sociedad y de la comunidad eclesial. La propuesta del Evangelio sobre la familia en este contexto resulta particularmente urgente y necesaria” (número 1).

Ya el sínodo de los obispos del año 2012 abordó la estrecha relación entre evangelización y familia no de modo genérico, sino en lo que su momento se llamó “nueva evangelización y transmisión de la fe cristiana”. La proposición 48 de la XIII asamblea general del sínodo de obispos, recuerda un dato común y de suma importancia del magisterio de la Iglesia: la importancia de la familia en la transmisión de la fe cristiana, tanto que “la Iglesia entera debe dedicarse a apoyar a las familias en la catequesis de niños y jóvenes”.

Es desde esta mirada más amplia, la que pone a la familia en relación con la evangelización, donde hay que abordar la relación entre familia e iniciación cristiana. Lo cual va a pedir también, dado el contexto tan cambiante como el de hoy, pensarlo a la luz de la relación que existe entre crisis de transmisión de la fe y crisis en la familia, la cual ha

---

<sup>1</sup> Del presbiterio de la Arquidiócesis de Bogotá. Doctor en teología pastoral con énfasis en pastoral juvenil y catequesis de la Pontificia Universidad Salesiana de Roma. Director de investigaciones de la Unimonserrate. Miembro de la Sociedad Latinoamericana de Catequetas (SCALA). Formador de catequistas en el Instituto de investigación catequística Buen Pastor.

cambiado de modo radical y contundente.<sup>2</sup> Lo que explica también, en una perspectiva amplia, el porqué muchas familias hoy no se interesan por educar a sus hijos en la fe celebrado el bautismo, o simplemente no saben qué hacer. Y en el caso de los hijos más grandes, sobre todo aquellos que se encuentran en cursos presacramentales de primera comunión, muy pocas familias o adultos son los que se implican de modo adecuado en estas acciones de transmisión.

Propósito de este breve estudio es pensar la relación entre familia e iniciación cristiana de los niños y adolescentes. No cubre, por lo tanto, todos los problemas de la relación entre familia y evangelización, ni mucho menos cantidad de situaciones evangelizadoras en torno a la familia hoy ni sus profundos cambios, algo que con seguridad si lo va a tratar el sínodo y otras ponencias de este encuentro.

Se parte de una breve descripción de la situación actual. En seguida, se recordarán algunos principios del Magisterio de la Iglesia sobre la importancia y protagonismo de la familia en la iniciación cristiana. En tercer lugar, apoyados en estudios recientes, se señalarán algunos principios de renovación de esta relación, en los que sobresale el llamado a dar un salto cualitativo. Para terminar con un problema fundamental: el modo como los adultos les hablan a los niños de Dios.

#### *La situación más común hoy*

La relación familia e iniciación cristiana de los niños, adolescentes y jóvenes es un asunto que genera mucha preocupación en la práctica y en la teoría. No obstante los grandes y variados esfuerzos que se hacen para vincular de un modo más activo y comprometido a los adultos en los cursos presacramentales del bautismo, la confirmación y la Eucaristía, los avances y los logros no son muy esperanzadores. Y esta situación, no obstante las diversidades y con algunos indicadores positivos, es igual en todas partes.

A este respecto podríamos usar prestadas las palabras de dos estudiosos italianos, que si bien escriben en Italia y para Italia, describe la situación más común hoy en cualquier parroquia, y en cualquier lugar, incluidas las nuestras. Las siguientes sus palabras: *“Entre las carencias de la catequesis hoy hay que subrayar la incapacidad de llegar de modo adecuada a las familias. La así llamada “vinculación” de las familias es estéril, no sólo porque se busca lograrlo demasiado tarde, sino sobre todo por algunos elementos que lo caracterizan. En primer lugar, se expresa de carácter obligatorio y como un requisito. Lo que hace que los padres y los adultos participen en los encuentros que les proponemos con el miedo a que si no asisten se les niegue el sacramento a sus hijos. En segundo lugar tiene un carácter ambivalente, dado que se les da a los adultos un trato infantil e infantilizante. En tercer lugar, exagerado. Porque después de tantos años de ignorarnos, olvidarnos y desconocernos familia, adultos y agentes de pastoral, se proponen programas intensivos que no tienen en cuenta los ritmos propios de la vida familiar. En cuarto lugar, retrasado. Dado que cuando un hijo tiene ya entre 10 y 12 años, los adultos y los padres se dan cuenta que lo que le ofrecen ahora como educación en la fe les resulta poco significativo.*

---

<sup>2</sup> Sobre este tema se ocupo de modo particular el V Congreso Mundial Teológico Pastoral sobre la Familia realizado en Valencia (España) en el año 2006, cuyo tema de fondo fue “Transmisión de la fe en la familia”. Sobre este Congreso puede verse PONTIFICIO CONSEJO PARA LA FAMILIA, *La transmisión de la fe en familia. V Congreso Mundial teológico-Pastoral. Valencia, 4-7 de julio de 2006*, BAC, Madrid 2007.

*Y, por último, formal. Ofertas predeterminadas sin tener en cuenta al adulto, a la familia y a su situación”.*<sup>3</sup>

A estos problemas se suma otro de no poca monta, y compartido también por estudiosos de todo el mundo: la costumbre y la mentalidad de delegar la educación religiosa de los hijos. Son muchas las familias, incluso familias con un estrecho vínculo a la comunidad, quienes delegan a otros (sacerdotes, religiosos, catequistas y maestros), la educación religiosa de sus hijos, al considerar esto algo reservado a los especialistas de la educación religiosa, con lo cual los adultos y los padres se consideran exentos de asumir esta responsabilidad o incapaces de realizarla.

La relación familia - parroquia replica en mucho la relación familia – escuela. Aunque en la teoría se diga que la comunidad educativa está conformada por los docentes, los estudiantes y la familia, la práctica no muestra esta realidad. Más bien sucede lo contrario. Los padres delegan la educación de sus hijos a la escuela, por ser ella la que cuenta con los expertos y la experiencia. A lo mucho asisten a ciertas reuniones de padres de familia, uno que otro colabora con los docentes en el control de tareas y no faltan quienes acusen a la escuela de haberle cambiado y dañado sus hijos. Este modelo de relación es un modelo burocrático y tutorial. No obstante los esfuerzos que se hace por involucrar más activamente a los padres y adultos, es difícil alcanzar la verdadera participación de los adultos en la educación de sus hijos.

En la parroquia sucede algo parecido. Los padres o adultos matriculan a sus hijos en los cursos presacramentales que ofrece la parroquia. Asisten a las reuniones a las que son convocados, en las que no falta la amenaza de no dejar a sus hijos recibir los sacramentos si no cumplen con ello y hacen caso a los catequistas y al párroco de controlar las tareas de sus hijos, su asistencia a los encuentros y a las misas previas a la celebración de los sacramentos. Algunas parroquias aún hoy día llevan control de asistencia de niños y adolescentes y adultos a las misas dominicales. El asistir a ellas es un requisito más entre otros.

De este modo los adultos y los padres no se sienten miembros vivos de la comunidad cristiana. La parroquia es un centro de servicios de lo religioso a la que pueden acudir para que los expertos en estos asuntos instruyan a sus hijos. Si por algún motivo este centro de lo religioso exige mucho en el tiempo y en los encuentros, buscan el que más se acomode a sus intereses.

### *Crisis de transmisiones*

Como puede verse, la situación no se presenta para nada halagadora. Y eso que en su descripción dichos estudiosos no ahondan en los profundos cambios que vive la familia hoy,<sup>4</sup> y que ponen en tela de juicio su capacidad educadora y evangelizadora.<sup>5</sup> Realidad que

---

<sup>3</sup> PIERPAOLO CASPINI – PAOLO SARTOR, *Iniziazione cristiana. L'itinerario e i sacramenti*, EDB, Bologna 2008.

<sup>4</sup> A este respecto puede verse INSTITUTO DE CIENCIAS PARA LA FAMILIA- UNIVERSIDAD DE PIURA, *Mapa mundial de la familia 2013. Los cambios en la familia y su impacto en el bienestar de la niñez*, UNIVERSIDAD DE PIURA, Lima 2013.

explica la crisis de transmisión de valores y de fe en la familia hoy, tal como lo reconocen de muy genérico los obispos latinoamericanos en la V Conferencia General de Aparecida: *“Este fenómeno explica, tal vez, uno de los hechos más desconcertantes y novedosos que vivimos en el presente. Nuestras tradiciones culturales ya no se transmiten de una generación a otra con la misma fluidez que en el pasado. Ello afecta, incluso, a ese núcleo más profundo de cada cultura, constituido por la experiencia religiosa, que resulta ahora igualmente difícil de transmitir a través de la educación y de la belleza de las expresiones culturales, alcanzando aun la misma familia que, como lugar del diálogo y de la solidaridad intergeneracional, había sido uno de los vehículos más importantes de la transmisión de la fe”* (DA 39).

Pero no es solo la crisis de la transmisión de la fe en familia la que está hoy día en crisis. Es todo el sistema de transmisiones el que hoy se encuentra en crisis, según un estudio hecho por Lluís Duch. Quien de modo certero afirma: “Creemos que no es desacertado afirmar que hoy día nos encontramos hundidos en una crisis pedagógica creciente y aguda en todos los ámbitos de la existencia humana, una crisis que dificulta enormemente la vida común de las personas (la socialización), ya que fundamentalmente los hombres y las mujeres somos seres sociales que hemos de ser socializados mediante las transmisiones que recibimos”.<sup>6</sup>

En su estudio, luego de describir la importancia de las transmisiones en la constitución del ser humano, analiza las distintas estructuras de acogida y la crisis pedagógica por la que atraviesan hoy día. Por estructuras de acogida entiende aquellas entidades que tienen como misiones específicas la acogida del ser humano en las diversas etapas de su existencia y la transmisión de los lenguajes adecuados para construir su mundo e instalarse en él”.<sup>7</sup> Distingue tres estructuras de acogida: la co-descendencia (la familia), la co-residencia (la ciudad) y la co-trascendencia (la religión).

Limitándonos a la co-descendencia o familia, objeto de nuestra reflexión, el estudio que venimos siguiendo afirma en primer lugar su importancia en la vida de las personas hoy y siempre: “Desde siempre – sean cuales sean las modalidades y peculiaridades que históricamente haya podido adoptar-, la familia ha constituido una célula social y cultural imprescindible y, con toda seguridad, la más significativa de la existencia humana, porque en ella y por medio de ella, negativa y positivamente, se efectúan las transmisiones más influyentes y eficaces para la vida de los individuos y de los grupos humanos”

Dicho esto, pasa a reconocer la crisis actual de la familia y las crisis de las transmisiones en ella, lo cual no significa desaparición de la familia o de su función educadora, sino más bien su transformación. Es el modelo de familia burgués y de familia nuclear el que está en

---

<sup>5</sup> De hecho, en estudio reciente realizado por Emilio Alberich, dicho autor aborda la cuestión familia y educación en la fe desde el método dialéctico de tesis, antítesis y síntesis. En la segunda parte, la antítesis el autor aborda los problemas relacionados con la crisis de la familia y su relación con la crisis de transmisión de la fe en ella. (cf. EMILIO ALBERICHO SOTOMAYOR, *La familia, ¿lugar de educación en la fe?*, PPC, Madrid 2010).

<sup>6</sup> LLUIS DUCH, *La crisis de la transmisión de la fe*, PPC, Madrid 2009, 7.

<sup>7</sup> También define las estructuras de acogida de esta otra manera: “Son los mecanismos de transmisión que hacen posible la integración de los seres humanos en la corriente de la vida e intercambios humanos que designamos con el nombre de cultura” (Cf LLUIS DUCH, *La crisis de la transmisión de la fe* 16).

crisis, dando paso a nuevos modelos y formas de ser familia, como a nuevos comportamientos familiares. No siendo este el espacio para ahondar en estos cambios paradigmáticos en relación con la familia, a modo de ejemplo podríamos tener presente lo que a este respecto afirma otro estudio sobre la familia hoy realizado por la investigadora colombiana Ligia Galviz Ortiz: “En la actualidad, las familias asisten al tránsito del modelo tradicional patriarcal a la consolidación de modelos de familia fundados en el paradigma de los derechos humanos (...) modelos de familias más igualitarios, democráticos, armónicos y propicios para el desarrollo integral de quienes la conforman (...). Modelo puesto en crisis por el modelo capitalista de producción y por el desarrollo de la escuela como entidad socializadora, pues estas dos entidades se apropian de dos funciones básicas de la familia: la producción económica y educación de la prole”.<sup>8</sup>

Todos los estudios coinciden en afirmar que hoy día todas las transmisiones familiares, incluyendo las religiosas, se encuentran seriamente afectados por las innovaciones de la nueva familia. Nueva familia caracterizada a grandes rasgos por la individualización, la provisionalidad y la incertidumbre. A lo que se suma otro cambio radical: “la familia actual se ha desligado o está en proceso de hacerlo, de las exigencias y obligaciones antiguas de ser la fuente de la economía familiar y, en consecuencia, ya no es tanto una entidad económica cuanto un espacio protegido de la vida privada, destinado a ser principalmente una comunidad de sentimientos y de ocio”<sup>9</sup>

Por lo que respecta a lo religioso, los estudios sociales contemporáneos muestran que la familia es uno de los espacios de mayor secularización y desinstitucionalización de lo religioso. Un cambio radical en este campo, y que toca profundamente las transmisiones religiosas, consiste que muchos adultos socializan a las nuevas generaciones ya no en una religión determinada (la que han recibido de los padres generalmente), sino en un valor – derecho de nuestras actuales sociedades democráticas: la libertad de conciencia y de cultos. Con lo cual no se desconoce también que muchas familias conservan la práctica tradicional de transmitir de generación en generación la religión de los padres. A lo que se suma el hecho de la poca incidencia que tiene hoy día la Iglesia en la configuración del proyecto personal y familiar de muchos de nuestros contemporáneos, sobre todo en lo que se refiere al matrimonio y su moral. Incluso el estado defiende y tiene el derecho de legislar sobre la familia, lejos de cualquier categoría religiosa o teológica.

Con lo dicho hasta aquí no se ha buscado hacer un juicio valor sobre la familia hoy. No ha sido nuestra intención decir que estos cambios son negativos y contraproducentes. Se ha querido simplemente señalar la crisis de la familia y la crisis de las transmisiones en su seno, como colofón necesario de la relación entre familia e iniciación cristiana, para evitar una práctica común no solo en el estado y en la elaboración de sus políticas públicas, sino en la misma Iglesia y en su práctica evangelizadora: el tomar decisiones desconociendo la complejidad y la dinamicidad de la familia hoy. Lo cual supone tener en cuenta su heterogeneidad y diversidad, al momento de tomar decisiones y elaborar proyectos. A este propósito pueden sernos útiles a nosotros los evangelizadores, pastores y catequistas, asumir preguntas formuladas por Ligia Galviz Ortiz en su estudio sobre la familia que

---

<sup>8</sup> LIGIA GALVIZ ORTIZ, *Pensar la familia hoy. El paradigma de los derechos humanos. Fin del régimen patriarcal*, Ediciones aurora, Bogotá 2011, 12-14

<sup>9</sup> LLUIS DUCH, *La crisis de la transmisión de la fe* 21.

citamos antes: “¿hasta qué punto conocemos integralmente las características y dinámicas de la diversidad de las familias y de sus miembros individualmente considerados, para acertar en el diseño de las políticas públicas y de la gestión de las entidades en el orden nacional, departamental, distrital y municipal y para atinar en la planeación de la atención profesional que les está ofreciendo?”<sup>10</sup>

### *La familia en el Magisterio de la Iglesia*

En el año 1981, y sin saber hacia dónde apuntaban todos los cambios en la familia, escribía el Papa Juan Pablo II: “La familia, en los tiempos modernos, ha sufrido quizá como ninguna otra institución, la acometida de las transformaciones amplias, profundas y rápidas de la sociedad y de la cultura. Muchas familias viven esta situación permaneciendo fieles a los valores que constituyen el fundamento de la institución familiar. Otras se sienten inciertas y desanimadas de cara a su cometido, e incluso en estado de duda o de ignorancia respecto al significado último y a la verdad de la vida conyugal y familiar. Otras, en fin, a causa de diferentes situaciones de injusticia se ven impedidas para realizar sus derechos fundamentales” (FC 1).

Lo anterior pide a la Iglesia prestar un servicio a la familia, anunciado lo que el evangelio y el magisterio enseñan de ella: “En un momento histórico en que la familia es objeto de muchas fuerzas que tratan de destruirla o deformarla, la Iglesia, consciente de que el bien de la sociedad y de sí misma está profundamente vinculado al bien de la familia, siente de manera más viva y acuciante su misión de proclamar a todos el designio de Dios sobre el matrimonio y la familia, asegurando su plena vitalidad, así como su promoción humana y cristiana, contribuyendo de este modo a la renovación de la sociedad y del mismo Pueblo de Dios” (FC 3)

En esta misma línea, en el 2007 los obispos latinoamericanos recuerdan que en la Iglesia en su tarea evangelizadora esta llamada a proclamar el Evangelio de Jesucristo y, en Él, la buena nueva de la dignidad humana, de la vida, de la familia, del trabajo, de la ciencia y de la solidaridad con la creación (DA 1039).

En otras palabras, en medio de estas sociedades democráticas y plurales, la Iglesia tiene el deber de anunciar y educar en el sentido cristiano de la familia. A la par, que también anuncia el papel, importancia y protagonismo de la familia en la educación de los hijos, especialmente en su educación en la fe. Y lo hace no como un modo de imponer su enseñanza, sino como un servicio que ella presta a la humanidad entera, en la perspectiva trazada por el Concilio Vaticano II: “iluminar y fortalecer a los cristianos y a todos los hombres que se esfuerzan por garantizar y promover la intrínseca dignidad del estado matrimonial y su valor eximio”. (GS 47). O como lo señala el Papa Juan Pablo II en su exhortación sobre la familia: “La Iglesia, consciente de que el matrimonio y la familia constituyen uno de los bienes más preciosos de la humanidad, quiere hacer sentir su voz y ofrecer su ayuda a todo aquel que, conociendo ya el valor del matrimonio y de la familia, trata de vivirlo fielmente; a todo aquel que, en medio de la incertidumbre o de la ansiedad, busca la verdad y a todo aquel que se ve injustamente impedido para vivir con libertad el propio proyecto familiar. Sosteniendo a los primeros, iluminando a los segundos y

---

<sup>10</sup> LIGIA GALVIZ ORTIZ, *Pensar la familia hoy. El paradigma de los derechos humanos* 85.

ayudando a los demás, la Iglesia ofrece su servicio a todo hombre preocupado por los destinos del matrimonio y de la familia” (FC 1)

No es este el espacio para recordar todo el amplio magisterio de la Iglesia sobre la familia cristiana. Puesto que el tema que nos ocupa es la relación familia e iniciación cristiana, recordemos solo los asuntos más estrechamente vinculados con este asunto específico. Y qué mejor que hacerlo a la luz de uno de los referentes magisteriales más cualificados al respecto: la exhortación apostólica *Familiaris Consortio* del Papa Juan Pablo II.

El documento tiene como propósito fundamental dar a conocer el ser y la misión de la familia cristiana. Razón por la cual dedica gran parte del mismo a presentar “el designio de Dios sobre el matrimonio y la familia” (segunda parte). La tercera parte, se detiene a presentar “la misión de la familia cristiana”. Pues “en el designio de Dios Creador y Redentor la familia descubre no sólo su «identidad», lo que «es», sino también su «misión», lo que puede y debe «hacer». El cometido, que ella por vocación de Dios está llamada a desempeñar en la historia, brota de su mismo ser y representa su desarrollo dinámico y existencial. Toda familia descubre y encuentra en sí misma la llamada imborrable, que define a la vez su dignidad y su responsabilidad” (FC 17)

La familia tiene la misión de ser cada vez más lo que es, es decir, comunidad de vida y amor. La familia recibe *la misión de custodiar, revelar y comunicar el amor*, como reflejo vivo y participación real del amor de Dios por la humanidad y del amor de Cristo Señor por la Iglesia su esposa. Todo cometido particular de la familia es la expresión y la actuación concreta de tal misión fundamental. El Papa Juan Pablo II destaca cuatro cometidos generales de la familia: 1) formación de una comunidad de personas; 2) servicio a la vida; 3) participación en el desarrollo de la sociedad; y 4) participación en la vida y misión de la Iglesia.

En el segundo, servicio a la vida, ubica y destaca el derecho – deber educativo de los padres. A este respecto afirma que esta “tarea educativa tiene sus raíces en la vocación primordial de los esposos a participar en la obra creadora de Dios; ellos, engendrando en el amor y por amor una nueva persona, que tiene en sí la vocación al crecimiento y al desarrollo, asumen por eso mismo la obligación de ayudarla eficazmente a vivir una vida plenamente humana” (FC 36). Los padres así son reconocidos como los primeros y principales educadores de sus hijos y esta tarea no debe delegarse. Y no debe delegarse porque “el derecho-deber educativo de los padres se califica como *esencial*, relacionado como está con la transmisión de la vida humana; como *original y primario*, respecto al deber educativo de los demás, por la unicidad de la relación de amor que subsiste entre padres e hijos; como *insustituible e inalienable* y que, por consiguiente, no puede ser totalmente delegado o usurpado por otros” (FC 36).

Luego el documento va a mostrar también la estrecha relación que existe entre misión educativa y sacramento del matrimonio, sobre todo en lo que tiene que ver con la educación en la fe: “Para los padres cristianos la misión educativa, basada como se ha dicho en su participación en la obra creadora de Dios, tiene una fuente nueva y específica en el sacramento del matrimonio, que los consagra a la educación propiamente cristiana de los hijos, es decir, los llama a participar de la misma autoridad y del mismo amor de Dios

Padre y de Cristo Pastor, así como del amor materno de la Iglesia, y los enriquece en sabiduría, consejo, fortaleza y en los otros dones del Espíritu Santo, para ayudar a los hijos en su crecimiento humano y cristiano” (FC 38).

Este mismo documento del Papa Juan Pablo II que venimos comentando hasta ahora, luego de mostrar la participación de la familia en el desarrollo de la sociedad, en el capítulo cuarto se detiene a presentar la participación de la familia en la vida y misión de la Iglesia. Y es allí donde encontramos una de las expresiones más comunes del magisterio sobre la familia: la familia es Iglesia domestica, o como también la llama Iglesia en miniatura.

El Papa señala que “entre los cometidos fundamentales de la familia cristiana se halla el eclesial, es decir, que ella está puesta al servicio de la edificación del Reino de Dios en la historia, mediante la participación en la vida y misión de la Iglesia”. Lo cual va a pedir “comprender mejor los fundamentos, contenidos y características de tal participación, y examinar a fondo los múltiples y profundos vínculos que unen entre sí a la Iglesia y a la familia cristiana” (FC 49)

La familia cristiana está insertada de tal forma en el misterio de la Iglesia que participa, a su manera, en la misión de salvación que es propia de la Iglesia. De hecho, su cometido eclesial es propio y original: “La familia cristiana está llamada a tomar parte viva y responsable en la misión de la Iglesia de manera propia y original, es decir, poniendo a servicio de la Iglesia y de la sociedad su propio ser y obrar, en cuanto *comunidad íntima de vida y de amor*. Si la familia cristiana es comunidad cuyos vínculos son renovados por Cristo mediante la fe y los sacramentos, su participación en la misión de la Iglesia debe realizarse *según una modalidad comunitaria*; juntos, pues, los cónyuges *en cuanto pareja*, y los padres e hijos *en cuanto familia*, han de vivir su servicio a la Iglesia y al mundo” (FC 50).

La familia cristiana edifica además el Reino de Dios en la historia mediante esas mismas realidades cotidianas que tocan y distinguen su condición de vida, de modo especial el amor conyugal y familiar. Por lo que el amor y la vida constituyen por lo tanto el núcleo de la misión salvífica de la familia cristiana en la Iglesia y para la Iglesia.

La familia cristiana es Iglesia domestica en un triple sentido: 1) como comunidad creyente y evangelizadora, 2) como comunidad en diálogo con Dios, 3) y como comunidad al servicio del ser humano.

En primer lugar, la familia cristiana vive su cometido profético acogiendo y anunciando la Palabra de Dios. Dentro de esta tarea evangelizadora de la Iglesia, cabe la importante tarea de la educación en la fe de los hijos, el despertar religioso y la así llamada catequesis familiar. Este cometido fundamental de su ser, ella no lo hace sola o a nombre propio. Siempre es una tarea eclesial y en vinculo con la comunidad cristiana: “el ministerio de evangelización y de catequesis de la Iglesia doméstica ha de quedar en íntima comunión y ha de armonizarse responsablemente con los otros servicios de evangelización y de catequesis presentes y operantes en la comunidad eclesial, tanto diocesana como parroquial” (FC 53).

En segundo lugar, el anuncio del Evangelio y su acogida mediante la fe encuentran su plenitud en la celebración sacramental. Por eso la familia, además de participar de la misión profética de Cristo, también lo hace la misión sacerdotal. Importantes en este sentido es el sacramento del matrimonio, del bautismo, de la reconciliación y de la eucaristía. A lo que se suma la oración personal, en pareja y en familia. Es claro, como en el caso de la misión profética, que la familia no puede darse todos estos signos por sí sola, debe abrirse y vivir en vínculo con la comunidad cristiana que contiene en sí todos los signos y las mediaciones.

Y finalmente, en tercer lugar, la familia sirve al ser humano y a la sociedad poniendo de presente la ley del amor: “Animada y sostenida por el mandamiento nuevo del amor, la familia cristiana vive la acogida, el respeto, el servicio a cada hombre, considerado siempre en su dignidad de persona y de hijo de Dios. Esto debe realizarse ante todo en el interior y en beneficio de la pareja y la familia, mediante el cotidiano empeño en promover una auténtica comunidad de personas, fundada y alimentada por la comunión interior de amor. Ello debe desarrollarse luego dentro del círculo más amplio de la comunidad eclesial en el que la familia cristiana vive. Gracias a la caridad de la familia, la Iglesia puede y debe asumir una dimensión más doméstica, es decir, más familiar, adoptando un estilo de relaciones más humano y fraterno”.(FC 64)

Esta educación peculiar de la fe, «ambiental», es importante; pero es necesario ir más allá; caminar hacia una catequesis explícita tanto en el seno familiar como en otros ámbitos comunitarios de la Iglesia, con los que han de colaborar las familias. «La catequesis familiar ha de armonizarse responsablemente con los otros servicios de evangelización y catequesis presentes y operantes en la comunidad eclesial, tanto diocesana como parroquial» (FC 53).

#### *Una misión que se ejerce en la comunidad y desde la comunidad*

El sujeto primero de la evangelización es la Iglesia. Por medio de la Iglesia recibimos la fe y la vida nueva en Cristo por el bautismo. La fe de la Iglesia precede, engendra, conduce y alimenta la fe personal (CCE 181). Es la Iglesia la que nos entrega la fe que hemos de creer. La fe el cristiano la recibe de Dios en la Iglesia. La fe no es un invento de cada uno, porque es propio de la fe cristiana ser recibida y vivida en la Iglesia. De la Iglesia, cada creyente recibe el contenido y el modo de creer. Al hacer suya la fe de la Iglesia, cada creyente se convierte en Iglesia; la edifica y contribuye al nacimiento de nuevos creyentes. Al transmitir la revelación la Iglesia invita al ser humano a hacer suya su fe común, “por medio de ella”, pero también “en ella y con ella”. En todos estos sentidos la Iglesia es sujeto de la fe.

Por la evangelización la Iglesia realiza efectivamente su función de ser madre, primer sujeto de la fe y educadora en la fe. Al evangelizar la Iglesia ha de ser entendida como primera que cree, conduce, alimenta y sostiene la fe. Tarea de la evangelización es acompañar el proceso de conversión permanente personal y comunitario.

El sujeto de la transmisión de la fe es toda la Iglesia, todo el Pueblo de Dios, en la corresponsabilidad diferenciada de ministerios y carismas en un contexto o clima comunitario rico de relaciones.

El anuncio, la transmisión y la vivencia del Evangelio se realizan en el seno de una Iglesia particular. La referencia a la Iglesia Universal y a la Iglesia particular o diócesis es algo insoslayable en la educación del sentido eclesial de la fe. Esta es una de las características de la evangelización, de la eclesialidad y personalización de la fe. El sentido eclesial no es algo abstracto, sino que pasa por la pertenencia a una Iglesia particular o diócesis. Y toda la evangelización debe educar, también, este sentido de pertenencia.

De hecho, la misión evangelizadora de la Iglesia debe realizarse desde una adecuada perspectiva diocesana. Ello aplica no sólo a las personas y a su testimonio individual, sino también a los diferentes lugares y ámbitos de comunión y de comunidad existentes en una diócesis: parroquias, familias cristianas, movimientos y asociaciones, comunidades religiosas y pequeñas comunidades. También a los distintos ministerios y carismas. El llamado es que todas las personas como los lugares de transmisión de la fe actúen de modo articulado con el proyecto evangelizador de la Iglesia particular (DGC 253-285). Si se entiende que la Iglesia particular es en lo concreto el sujeto primero de la fe, se superan obstáculos fuertes para la pastoral de conjunto y articulada, como el parroquialismo, el sectarismo, la poca integración de los religiosos y religiosas con la vida diocesana y sus planes y la desarticulación y/o desconocimiento por parte de muchos movimientos de la diócesis y su pastor propio. Y, en el caso de la familia, superar la mentalidad de delegación tan característica, mentalidad que prima en los modos de llevar en la práctica los cursos presacramentales hoy, en donde la relación familia – comunidad cristiana no existe o es frágil o desvirtuada. Lo que explica a su vez los otros problemas señalados al inicio de estas reflexiones: vinculación estéril, infantilización, privatización de lo religioso, reducir la participación a un requisito para, o el hacer un trabajo pastoral bajo la lógica de la amenaza.

Para el tema que nos ocupa sobre la relación familia e iniciación cristiana, lo dicho sobre la Iglesia sujeto de la fe, la evangelización y la Iglesia diocesana no es accesorio o mero relleno teológico. Por el contrario, es a partir de allí y dentro de esta mirada eclesiológica amplia que se entiende la tarea evangelizadora y educadora en la fe de la familia. Permite comprender la naturaleza eclesial de la catequesis y la tarea de la familia en ella, así como la importancia de la relación comunidad cristiana – familia, elementos todos subrayados por el Directorio General para la catequesis, pero con frecuencia olvidados en la práctica, tanto que estos vínculos son más bien inexistentes. Lo que produce una familia sin vínculo alguno con una comunidad y una comunidad que, aunque habla de la familia y de su importancia, solo acude a ella en determinados momentos y para determinadas tareas y, literalmente, para que ayude a hacer tareas.

Lo anterior pide que al hablar de familia e iniciación cristiana, se hable de la comunidad cristiana como origen, meta y lugar de la catequesis. También se tenga presente que la catequesis en la Iglesia particular es una tarea diferenciada en sus agentes y lugares, pero todos deben actuar de modo articulado y corresponsable, bajo el principio de la eclesialidad de la evangelización y de la fe.

Con todo y lo importante que es la familia en la educación en la fe de los hijos y en el anuncio del Evangelio hoy, ella no puede cumplir dicha acción al margen o desligada de la comunidad. Para que la educación en la fe en la familia logre resultados más favorables a los actuales, ella debe hacerlo en vínculo con una comunidad y desde esa comunidad cristiana de la que forma parte. Sin comunidad, afirma el Directorio General para la catequesis, la catequesis corre el riesgo de quedar estéril. En la relación familia e iniciación cristiana, como para toda la catequesis, y mejor aun para toda la evangelización, la comunidad cristiana es el origen, lugar y meta de la catequesis (DGC 254).

De hecho, y esto es un signo relevante de cómo se entiende este principio aplicado a la familia y su tarea de educar en la fe, este asunto es tratado en el capítulo dedicado a la presentación de los lugares y vías de la catequesis, todos estos entendidos desde la comunidad. Otro ejemplo que puede ser útil es documento de la Conferencia Episcopal Española llamado precisamente la catequesis de la comunidad. Dicho documento trata también el asunto relacionado con la familia como lugar de catequesis dentro de uno más amplio: catequesis de la comunidad. Esto lo hace afirmar: “La parroquia, verdaderamente, no podrá sustituir a la familia en su función educadora de la fe, ni ésta podrá dimitir de dicha función entregándola enteramente a la parroquia. Cada una tiene su propio cometido. La parroquia proseguirá, completará y perfeccionará la obra de las familias y ayudará a éstas a que puedan cumplir adecuadamente y cada día mejor con la tarea que les es propia”.<sup>11</sup>

*En el contexto de “emergencia educativa”*

Al inicio de estas reflexiones se señaló la crisis por la que atraviesa la transmisión de la fe. Crisis que se entiende en un contexto más amplio desde la crisis de transmisiones en la sociedad contemporánea. A lo que se suman otras series de crisis: crisis de Dios, crisis de fe, crisis en la Iglesia, crisis en la familia, crisis en la educación.<sup>12</sup>

Para el caso específico de la educación, la crisis de las transmisiones o crisis de la educación, llevó en su momento al Papa Benedicto XVI hacer un llamado a una verdadera

---

<sup>11</sup> COMISIÓN EPISCOPAL DE ENSEÑANZA Y CATEQUESIS, *LA CATEQUESIS DE LA COMUNIDAD ORIENTACIONES PASTORALES PARA LA CATEQUESIS EN ESPAÑA, HOY, NÚMERO 275*.

<sup>12</sup> Hoy es común hablar de crisis en varios sentidos, todos ellos complementarios: crisis de transmisión de la fe, crisis de fe, crisis de Dios, crisis en los modos de educar en la fe. Con la palabra crisis se resalta el hecho de los cambios, no la negación o la imposibilidad de anunciar el evangelio, tal como lo reconocen estudios recientes sobre la evangelización y la fe: a) “No es que Dios o la fe estén en crisis, sino porque están cambiando sustancialmente los fundamentos sobre los que la fe en Dios ha sido asumida y proclamada. La fe no cambia en su contenido esencial, pero si lo hacen las personas creyentes y el marco donde esa fe ha de ser nuevamente confesada y comprendida”<sup>12</sup>; b) “Es obvio que este mundo radicalmente cambiado tiene un enorme impacto en la posibilidad de la fe religiosa” (...) “El planteamiento de la fe y todo el contexto de recibir y decidir ha cambiado radicalmente”<sup>12</sup>; c) “Hoy vivimos en una sociedad secularizada en que las condiciones de creer son nuevas: hemos pasado, de una época en la que, de hecho, era imposible no creer en Dios, a una época cultural en la que creer en El es una posibilidad entre otras” (...) “La secularización no significa ateísmo e increencia, pero ciertamente modifica las condiciones de la fe” (ANGEL CORDOVILLA, *Crisis de Dios y crisis de fe. Volver a lo esencial*, Sal Terrae, Santander 2012. A propósito de las diversas crisis mencionadas (de Dios, de la fe, de la transmisión de la fe); ALVARO CADAVID DUQUE, *Fundamentos teóricos y pastorales de la nueva evangelización*, en “Medellín” 151 (julio – septiembre) 2012, 335-355.

“emergencia educativa”.<sup>13</sup> Si bien este llamado está orientado a la Iglesia italiana y a la diócesis de Roma como lo testifican dos discursos del Papa Benedicto, dado la presencia de esta crisis también entre nosotros, es lógico decir que se extiende también a nuestro contexto eclesial, familiar y educativo.

La Conferencia Episcopal Italiana acoge este llamado del Papa en sus orientaciones pastorales para el decenio 2010 -2020.<sup>14</sup> El reto, afirman los obispos italianos, es educar en un mundo que cambia, situación que pone en crisis el sentido mismo de la educación, incluso hasta su misma posibilidad.

Luego de detenerse en los cambios, sobre todo en los que tienen que ver con la familia, la educación escolar y la educación en la Iglesia, hace un llamado a una verdadera alianza educativa entre todos los que tienen que ver con la educación en el campo familiar, civil, escolar y eclesial. Por lo que a la crisis se responde con articulación y coordinación entre agentes educativos. Afirma el documento: “La separación y el desconocimiento entre los caminos formativos, ya sea en la comunidad cristiana, o ya sea en las instituciones civiles, debilita la acción educativa hasta el punto de hacerle estéril. Si se quiere que cumpla con su objetivo, es necesario que todos los sujetos obren armónicamente hacia el mismo fin”

En lo que respecta a la crisis de la iniciación cristiana y la catequesis, la propuesta del episcopado italiano es contundente: es necesario darle eclesialidad. Y esto significa, no solo articulación de agentes y de acciones entre comunidad cristiana (o parroquia) y familia, sino superar la concepción individualizada y de delegación que caracteriza la relación familia, parroquia y catequesis de iniciación.

El reto es hacer de la Iglesia una “comunidad educadora”. Lo anterior no significa negar o desconocer el primado de los padres en la educación en la fe de los hijos. Apunta más bien a reconocer algo ya señalado desde otra perspectiva en el numeral anterior: educación en la fe en la familia no se entiende sin comunidad, desvinculada de ella, paralela a ella, al margen de ella. De hecho, afirman los obispos italianos con respecto a la parroquia, si ella “es la comunidad educativa más completa en orden a la fe”, o si es la “familia de las familias”, las familias nos pueden cumplir su tarea de educar en la fe al margen de ella o a partir de la mentalidad de delegación.

Si los padres y las familias no pueden marchar solos en este cometido, y si la parroquia no puede marchar sola sin ellas, es tarea de las familias y de la parroquia evitar que esto suceda. Con lo cual se va a superar otro de los grandes equívocos en relación con el vínculo familia e iniciación cristiana: descargar sobre la familia la responsabilidad catequética de la comunidad, intentando suplir de este modo la incapacidad de la comunidad para garantizar una acción catequética bien organizada, estructurada y articulada en sus agentes y responsables.

---

<sup>13</sup> BENEDETTO XVI, Discorso ai partecipanti al IV Convegno nazionale della Chiesa italiana, Verona, 19 ottobre 2006; 2 BENEDETTO XVI, Lettera alla Diocesi e alla città di Roma sul compito urgente dell'educazione, 21 gennaio 2008.

<sup>14</sup> Conferenza Episcopale Italiana, *EDUCARE ALLA VITA BUONA DEL VANGELO. Orientamenti pastorali dell'Episcopato italiano per il decennio 2010-2020*,

La familia necesita el apoyo de la comunidad. No es justo, afirma un estudioso español, “endosar a la familia todo el peso de la educación religiosa de los hijos”. Pues se trata, continua, “de una preocupación y de una empresa que debe implicar la participación y sensibilidad de toda la comunidad cristiana a la que la familia pertenece”. Lo que le lleva a concluir: “Es necesario que toda la comunidad cristiana preste atención y se demuestre disponible a asumir comunitariamente la responsabilidad de la tarea educadora hacia las familias y con las familias”.<sup>15</sup>

La conclusión salta a la vista: no vamos a poder renovar la pastoral misionera y la pastoral de la iniciación cristiana sin las familias, sin su apoyo y sin el apoyo que la comunidad pueda ofrecerles. Apoyo que es mucho más que unas cuantas reuniones de padres de familia previas a la celebración de un sacramento. Esto no es más que mantener la mentalidad de delegación. Para superar esto, se debe trabajar desde un principio de renovación de la catequesis hoy señalado por el Directorio catequístico general del año 1971 y recordado por el Directorio General para la catequesis del año 1997: “La catequesis de adultos, al ir dirigida a personas capaces de una adhesión plenamente responsable, debe ser considerada la forma principal de catequesis, a la que todas las demás, ciertamente necesarias, de alguna manera se ordenan. Esto implica que la catequesis de las otras edades debe tenerla como punto de referencia, y articularse con ella en un proyecto catequético coherente de pastoral diocesana” (DGC 59).

La aplicación de dicho principio pide de nuestra catequesis con los adultos y padres de familia un verdadero salto cualitativo. Este consiste en llevar a los adultos y padres a tomar conciencia que no sólo está en juego la educación en la fe de los hijos, sino, y que por sobre todo, su propia fe, su propia vocación bautismal y su vocación al matrimonio cristiano. Con ello, sin desconocer la importancia de la catequesis de los niños y de los jóvenes, el acento se traslada al adulto y su propio crecimiento en la fe. De este modo la situación cambia radicalmente. Pues no se trata de ayudar o de suplir a los padres en la educación en la fe de sus hijos, o que ellos ayuden o apoyen a los catequistas, como por ejemplo viendo que los niños han hecho las tareas o asisten puntualmente a los encuentros, sino de emprender una verdadera formación en la fe de los adultos, llamándolos a ellos en primera persona a crecer en ella, algo que naturalmente va a repercutir en sus hijos y su educación, tantos más que van a ser adultos conscientes y convencidos de su vocación bautismal y matrimonial.

Todos experimentamos lo difícil que es hoy día lograr una verdadera vinculación de los adultos o padres en los procesos de educación en la fe de los hijos. A algunos solo les interesa y les preocupa la parte formal de las celebraciones sacramentales. Se logra mucho, y se da un paso adelante, cuando se consigue despertar mayor interés y preocupación por la educación en la fe de los hijos. “Pero el verdadero salto cualitativo, el cambio real se da cuando la intención se desplaza de los hijos a los padres, es decir: cuando se entiende que el

---

<sup>15</sup> EMILIO ALBERICHO SOTOMAYOR, *La familia, ¿lugar de educación en la fe?*, PPC, Madrid 2010.

problema central, también en función de los hijos, reside en la profundización de la fe por parte de los adultos”.<sup>16</sup>

Se trataría para lo concreto de nuestra acción, no solo hacer reuniones de padres de familia con ocasión de alguna preparación presacramental o de quienes se van a casar previas a la celebración del sacramento. Situación que lleva a que dejemos de plantearnos las cosas más o menos de este modo: que pueden hacer ellos, los padres, por nosotros. Cuando más bien debería ser lo contrario: que puede hacer la comunidad cristiana por ellos. De lo contrario, seguiremos no sólo alimentando una mentalidad muy “mercantil” y de estación de servicios acerca de la comunidad, sino también la presacramental e infantil sobre la catequesis.

Si se cambia el modo de pensar y de hacer las cosas, ya los padres no solo se sentirán invitados a una que otra reunión (a la que además acuden con mucha desidia y desinterés), sino a crecer en su fe, a ser verdaderamente Iglesia, a participar de modo efectivo y efectivo en la Iglesia. Y de este modo, unos adultos llamados a crecer de modo permanente en su fe, a su vez cumplirán la tarea de acompañar y de educar en la fe a sus hijos. Se cambia así la mentalidad de los cursos a los procesos, de una catequesis solo *en la* comunidad, a una catequesis *en la, de la, para la comunidad*.<sup>17</sup>

Al ser esta una acción educativa con adultos debe respetar en ellos su condición de adultos, dejando de lado toda forma de infantilización. A este respecto vale pensar en la siguiente afirmación del Directorio General para la Catequesis: “La catequesis de adultos debe identificar claramente los rasgos propios del cristiano adulto en la fe, traducir estos rasgos en objetivos y contenidos, determinar algunas constantes en la exposición, establecer las indicaciones metodológicas más eficaces, y escoger formas y modelos” (DGC 173). Se trata de hacerlos sujetos, de tratarlos como adultos y de llamarlos en primera persona a crecer en la fe, por eso ha de tenerse en cuenta sus experiencias, sus condicionamientos y desafíos, sus múltiples interrogantes y necesidades respecto de la fe.<sup>18</sup>

---

<sup>16</sup> CONSTANTIN PREDĂ, *El papel de la familia cristiana en la educación religiosa de los hijos*, en PONTIFICIO CONSEJO PARA LA FAMILIA, *La transmisión de la fe en familia. V Congreso Mundial teológico-Pastoral. Valencia, 4-7 de julio de 2006*, BAC, Madrid 2007, 439-448.

<sup>17</sup> BILL HUEBSCH, *Catequesis de toda la comunidad* 24-25.

<sup>18</sup> Lo dicho exige replantearnos el modo como tratamos y nos aproximamos al adulto al momento de la catequesis presacramental. Puede acontecer que a muchas formas de encuentros con adultos con ocasión del bautismo o de la primera comunión de los niños, los llamemos catequesis de adultos cuando en verdad no lo son, porque ni son catequesis, ni el adulto es tratado como adulto, ni conducen a que muchos adultos se interesen por “volver a la fe” en los términos de reiniciación expresados con anterioridad. Como lo señala Henri Derroite, en este caso como en otros, el abismo entre teoría y realidad es bien amplio: “Aunque también en este tema el abismo entre el discurso teórico llamando a una madurez de los adultos en cuanto adultos y la real puesta en práctica es evidente (...) Por eso es importante la catequesis de adultos: da fe de que el cristianismo se siente a gusto con interlocutores libres y responsables; introduce otros métodos más participativos y dialogados; afronta los interrogantes, las experiencias, las dudas y las críticas de personas autónomas y empapadas del ideal democrático (...) Lo que es sorprendente es que cuando se trata de dirigirse a los adultos en cuanto padres, responsables del despertar religioso de sus hijos, se cambia de tono. Se tiene la impresión de que el interlocutor ya no es una persona crítica, libre, capaz de plantear dudas o rechazos, sino un auxiliar pasivo. Mientras que la catequesis de adultos se realiza sobre la base de la experiencia humana de unas personas deseosas de madurar la fe, la catequesis familiar (dirigiéndose a las mismas personas adultas) ve a los padres como intermediarios y no les invita apenas a hablar de su experiencia. (Cf Henri

### *Catequesis de adultos y los modos de hablar de Dios*

Factor de primer orden en esta relación adulta con los adultos de cara al crecimiento personal de su fe y el anuncio de la misma a sus hijos en el momento del despertar religioso o de la catequesis sistemática, es el modo cómo se habla de Dios y los modos cómo ellos hablan de Dios con sus hijos y en familia.

El hablar de Dios con los adultos de un modo adulto para que ellos sean adultos en la Iglesia y en la sociedad, es tarea de primer orden en este tipo de acción evangelizadora de carácter misionero. Primero, pensando en ellos mismos como adultos, como fue expresado y subrayado. Segundo, pensando en el acompañamiento y educación en la fe que estos están llamados a dar sus hijos como consecuencia de los compromisos adquiridos en el matrimonio y en el bautismo. Aquí encuentran las comunidades un campo concreto de acción de la etapa misionera.

Existen muchos peligros en la forma de hablar de Dios a los hijos y con los hijos que pueden producir una seria deformación de su ser. Pero hay que señalar que el problema no es de los niños. Es sobre todo un problema de los adultos, quienes no hacen más sino “transmitir” su imagen deformada de Dios, imagen que a su vez es producto de su educación religiosa en la infancia. Ya que ante la falta de formación de muchos de ellos, los padres no hacen más que hacer lo mismo que sus padres hicieron y les dijeron a ellos. “Sin estar preparados para ello, echan mano simplemente a lo que les ofrecieron a ellos mismos cuando eran niños y pronuncian tal vez los versos de su niñez cuando rezaban antes de acostarse entre titubeantes y perplejos, ya que se trata de unos versos demasiado infantiles o quizás infantiloides, como sacados de un libro de cuentos que no guardan ninguna relación con la vida verdadera y con el pensamiento real de los adultos. Estos padres corren el peligro de repetir con sus hijos lo que ellos mismos abandonaron en algún momento, porque no podía crecer con el mismo ritmo que ellos”.<sup>19</sup>

Si se asume lo dicho con anterioridad, acerca de la importancia de una comunidad que acompaña y ayuda a los adultos en su tarea de educar a los niños, ofreciendo no sólo indicaciones pedagógicas, sino favoreciendo en los adultos su propio crecimiento en la fe, aparece claro que tarea urgente en este momento es “hablar de Dios con los adultos” de una forma adulta. Es decir, ayudándoles a transformar esas imágenes deformadas de Dios que tienen y que transmiten a sus hijos con sus palabras y acciones.

Tanto más, si se tiene en cuenta que las preguntas que se hacen los niños cuestionan profundamente a los adultos, no sólo acerca del cómo y de qué decirles sobre Dios, sino, sobre todo, acerca de su propia relación con Dios. De hecho, “muchas cosas que permanecían adormiladas han de despertar, mucho de lo que era un sentimiento indeterminado ha de hacerse consciente y ha de ser reflexionado hasta el fondo, y también

---

DERROITTE, *¿Qué futuro tiene la catequesis de la familia?*, en Henri DERROITTE (director), 15 nuevos caminos para la catequesis hoy, Sal Terrae, Santander 2008, 173-174).

<sup>19</sup> TSCHIRCH R, *Dios para niños. Sugerencias y experiencias de educación religiosa*, Sal Terrae, Santander 1981. A este propósito también puede verse: ALBERT BIESINGER, *No mentir a los niños acerca de Dios*, Sal Terrae, Santander 2002; CLAUDE PIRON – CLAUDE DUCARROZ, *Tú, tus hijos... y Dios. Problemas de la religión en familia*, Sal Terrae, Santander 2001.

mucho de lo que parecía obvio es puesto de nuevo en cuestión, lo que parecía fijo vuelve a fluir e impone una mutación en el pensamiento y en el comportamiento (...) Dios para niños no quiere decir que sea sólo cosa infantil, mientras que los mayores ya han crecido en apariencia lo suficiente para desembarazarse de Él. Todo lo contrario: es un animar a hablar de Dios de tal manera que tanto grandes como pequeños se puedan entender con El y acerca de Él de forma nueva y más profunda. Con ello se suministra a los mayores simultáneamente una oportunidad de realizar nuevas experiencias de Dios, experiencias que los harán crecer y avanzar en lo tocante a su postura creyente y vital junto con los niños”.<sup>20</sup>

El trabajo tanto con los adultos como niños se orienta a crear una adecuada relación con Dios, y a evitar y superar cualquier forma de desfiguración o deformación de Dios.<sup>21</sup> Unos y otros han de crecer, al momento de la educación de la fe de los niños en familia, de un modo personal y libre en su relación con Dios.

*Hablar de Dios a los hijos y con los hijos.*

Los textos del Directorio General para la catequesis, como los estudios de pedagogía para el despertar religioso de los niños pequeños, hacen ver que si bien la educación en la fe de los niños pequeños es mucho más que lo se conoce como “adoctrinamiento”, ya que se educa sobre todo a partir de la actitud vital de los padres, de su manera personal de vivir su relación con Dios en la Iglesia, a través de lo que ellos mismos son y viven, también se hace necesaria la palabra, dado que los niños a través de sus preguntas manifiestan también un deseo inmenso de aprender.

Para pensar de modo adecuado los modos de hablar con Dios, pueden sernos útiles algunas indicaciones del estudioso TSCHIRCH en su libro “Dios para niños” citado con anterioridad en otros apartes de estas reflexiones.

En relación con las palabras, afirma, los padres han de prestar un cuidado especial al modo de hablar a sus hijos de Dios. Los padres deberían recapacitar seriamente acerca de ello, no sea que a través de su hablar o de su no hablar creen en sus hijos una falsa imagen del Dios revelado por Cristo. “Debería darse un hablar acerca de Dios que reflexivo, responsable y sincero”.

Ante todo, no hay que mostrar a “Dios como la respuesta para todo”, “porque Dios lo hizo así”. Recurso al que acuden muchos padres cuando no tienen una respuesta adecuada para el niño, o cuando quieren liberarse de sus preguntas. Frente a las preguntas del niño, como por ejemplo acerca de la muerte o el deseo de un hermanito, “los adultos sabemos y pensamos que la respuesta es de otra manera, pero para el niño la respuesta Dios será suficiente”. Pero se olvida que “de lo que se trata en este caso no es de una pregunta y una respuesta, de un no saber y un saber, sino de la veracidad y la sinceridad frente al niño. La confianza que pone en sus padres, queda defraudada. Y ha quedado defraudada precisamente mediante la referencia al que es el fundamento de toda confianza y de toda

<sup>20</sup> TSCHIRCH R, *Dios para niños. Sugerencias y experiencias de educación religiosa*, Sal Terrae, Santander 1981

<sup>21</sup> Para un trabajo con los adultos y jóvenes puede verse Enrique MARTINEZ DE LA LAMA, *Dios deformado. Imágenes falsas de Dios*, CCS, Madrid 2000.

fe, Dios (...) Además, se le oculta el que su pregunta se refería a un proceso que es incumbencia del saber y de la responsabilidad humana (...). De este modo, se le engaña respecto a la realidad (...) Porque Dios lo hizo así no puede ni debe ser nunca la explicación de algo sometido a la razón y a la responsabilidad humanas”.

Para este caso específico, un modo de reflexionar sobre nuestras respuestas, sería preguntarse si de este modo que se habla de Dios con los niños se hace con y entre adultos, y que imagen de Dios se crea al hablar de este modo.

Otro aspecto a cuidar es el relacionado con las fantasías infantiles acerca de Dios. “No podemos impedir que los niños se hagan sus ideas de Dios, que se creen y adornen imágenes fantásticas acerca de él, que en un primer momento se concentren en la dirección de un ser grande, poderoso y crealotodo (...). Pero no se deben apoyar esas fantasías ni darles pie para otras nuevas, sino irlos llevando a que poco a poco comprendan que la fantasía es una cosa y la realidad es otra (...) No debemos permitir que las preguntas y las fantasías infantiles nos lleven a decir acerca de Dios más de lo que sabemos de El por medio de Jesús”. El cristianismo no busca a Dios en el mundo de la fantasía, de lo irreal, sino en Jesús: “Nadie llega al Padre sino es a través de mí”. Equívocamente actuamos cuando las alimentamos, pensando que el niño se alegra con respuesta porque vemos que les gusta, ya que ellos pueden llegar a imaginarse un Dios que lo puede hacer todo: envía ángeles, guarda a los niños, hace que el hermano enfermo se recupere, puede lograr que el domingo haga buen tiempo, y muchas otras cosas.

Hemos de ser conscientes que en muchas de nuestras respuestas a las preguntas de los niños acerca de Dios, “Dios a parece más bien como un Dios enemigo de los niños. Aparece como respuesta universal que pretende despachar las molestas preguntas infantiles acerca de los objetos y acontecimientos que despiertan su curiosidad, o como un ser celestial milagroso que da la impresión de pretender decepcionar o hacer felices a los niños de forma arbitraria (...). Pero un Dios semejante, supuestamente adaptado a los niños ¿es en realidad el Dios de los niños o más bien un Dios en contra de ellos, alguien de quien se apartan cuando llegan a ser suficientemente maduros y poderosos como para emitir una protesta independiente y eficaz?”.

En este hablar de Dios a los niños y con los niños, ha de prestarse atención a la oración y a la educación de la conciencia, pues también se corre el riesgo de “desfigurarlo”. En cuanto a la conciencia uno de los peligros más comunes es caer en una visión moralizante de Dios y de la vida cristiana. “Esta visión moralizante de Dios lo convierte en una especie de institutriz moralista y en una ayuda prepotente de la educación al servicio de los padres (...). Pero todavía es peor la figura de Dios como el coco de los niños (...). Ese no es el Dios del Evangelio, el Dios al que Jesús llamó Padre. Es un Dios que se pone de una parte, que apoya a los mayores en contra de los niños, un Dios que no impulsa al amor sino que impresiona por medio del miedo y del terror”.

Frente a la oración, habría que señalar dos cosas. Primero, evitar oraciones que sean solo válidas por un cierto tiempo, mientras se es niño, pero que al crecer desaparecen porque carecen de sentido. “Las oraciones infantiles resultan igualmente problemáticas si sólo parecen acomodarse al niño mientras que un adulto nunca podrá decirlas como cosa suya. Y no cambia la situación por el hecho de que esas oraciones infantiles sean fáciles de

comprender. A una oración infantil hay que exigirle, en primer lugar, que sea veraz, que realmente exprese la sensibilidad del niño y no la imagen que de ella se hace un adulto (...). No es por tanto indiferente lo que se reza con los niños, pues los niños crecerán junto con las palabras que aprendieron. Por consiguiente unos versitos con los que no puedan llegar a ser adultos, ya sea porque son cursis o infantiloides o porque dejan de ser verdaderos para una persona de cuarenta años, tampoco serán adecuados para el niño (...). Una oración infantil ha de ser igualmente veraz en el sentido de que en ella se vean reflejadas la fe cristiana, la confianza, el amor y la esperanza en el sentido de Jesús y no simplemente una religiosidad ingenua o lo que nosotros tenemos por tal (...). No basta con echar mano a unos versos, que uno mismo aprendió cuando era niño y que con los años dejó de lado. Los padres que tengan auténtico interés por introducir a sus hijos en esta forma tan importante de verbalización y reflexión de la fe han de impedir por todos los medios que la oración se quede en un uso de la época infantil que con los años hay que dejar de lado porque no es capaz de crecer junto con uno, porque no es susceptible de transformación (...). Todo ello nos hace concluir que tenemos que aprender a cambiar nuestra concepción sobre todo acerca de dos formas clásicas de oración, la oración de petición y la plegaria de intercesión. La oración cristiana no cobra su sentido del hecho de que mediante ella informemos a Dios y los movamos a hacer algo que, si no, no ocurriría. Somos más bien nosotros los informados acerca de las cosas necesarias para nuestra vida cuando nos dejamos aludir por el espíritu y el sentido de Jesús (...). La oración no debe llevar a confusiones acerca de nuestra responsabilidad y realidad. Nos suministra más bien la capacidad de reconocer y el ánimo para afrontar nuestra responsabilidad cuando no deseamos hacerle frente sino que pretendemos descargarnos de ella (...). La plegaria no es un sucedáneo del propio actuar. Es un pensar a favor de los otros que nos hace caer en la cuenta de nuestros prójimos. Y esa conciencia es el primer paso hacia el obrar”.

### *Familia cristiana y despertar religioso*

El Directorio General para la catequesis recuerda que sin conversión no puede haber catequesis. Que solo a partir de ella la catequesis puede desarrollar su tarea específica de estructurar y fundamentar la personalidad del discípulo de Jesús.

En el caso de los niños, la conversión es algo que damos por supuesto, lo pasamos de largo olímpicamente, no obstante el reconocimiento de esta situación, tanto por el Papa Juan Pablo II como por el mismo Directorio General para la catequesis: “En este sentido, la vinculación entre el anuncio misionero, que trata de suscitar la fe, y la catequesis de iniciación, que busca fundamentarla, es decisiva en la evangelización. De algún modo, esta coordinación es más clara en la situación de la *misión ad gentes*. Los adultos convertidos por el primer anuncio ingresan al catecumenado, donde son catequizados. En la situación que requiere una nueva evangelización, la coordinación se hace más compleja, puesto que, a veces, se pretende impartir una catequesis ordinaria a jóvenes y adultos que necesitan, antes, un tiempo de anuncio en orden a despertar su adhesión a Jesucristo. Problemas similares se presentan en relación a la catequesis de los niños y a la formación de los

padres. Otras veces se ofrecen formas de catequesis permanente a adultos que necesitan, más bien, una verdadera catequesis de iniciación” (DGC 276. El subrayado es nuestro).<sup>22</sup>

El despertar religioso de los niños pequeños como forma privilegiada de educación de los hijos en familia, constituye un desafío ineludible en nuestra tarea evangelizadora de cara a la renovación de los procesos de iniciación cristiana. Pues cuando no se da o se da deficientemente, produce muchas dificultades a otras áreas de la pastoral, de modo especial a la catequesis de niños, tal como lo señala el Papa Juan Pablo en "Catechesi Tradendae": La peculiaridad de la catequesis, distinta del anuncio primero del Evangelio que ha suscitado la conversión, persigue el doble objetivo de hacer madurar la fe inicial y de educar al verdadero discípulo por medio de un conocimiento más profundo y sistemático de la persona y del mensaje de Nuestro Señor Jesucristo. Pero en la práctica catequética, este orden ejemplar debe tener en cuenta el hecho de que a veces la primera evangelización no ha tenido lugar. Cierta número de niños bautizados en su infancia llega a la catequesis parroquial sin haber recibido alguna iniciación en la fe, y sin tener todavía adhesión alguna explícita y personal a Jesucristo, sino solamente la capacidad de creer puesta en ellos por el bautismo y la presencia del Espíritu Santo" (C.T. 19).

En efecto, los niños bautizados de pequeños, aunque bautizados, han de ser llevados a la fe, a la conversión, a la adhesión de Cristo. En definitiva, han de ser educados en el don de la fe que han recibido en el sacramento del bautismo como modo de desarrollarlo. Por eso esta acción debe ser considerada como acción prioritaria dentro de los procesos de acción misionera institucionalizada y organizada, en cada una de nuestras parroquias y comunidades. Ha de ser comprendida como forma privilegiada del primer anuncio.

Sobre el despertar religioso de los niños pequeños en familia afirma: “El testimonio de la vida cristiana ofrecido por los padres en el seno de la familia llega a los niños envuelto de cariño y el respeto materno. Los hijos perciben y viven gozosamente la cercanía de Dios y de Jesús que los padres manifiestan, hasta tal punto que esta primera experiencia cristiana deja frecuentemente en ellos una huella decisiva para toda la vida” (DGC 226).

Lo anterior parte de la convicción que “la familia como lugar de catequesis tiene un carácter único: transmite el Evangelio enraizándolo en el contexto de los profundos valores humanos”. Es en ellos en que se funda el despertar del sentido de Dios, los primeros pasos en la oración, la educación de la conciencia moral y la formación en el sentido del amor humano (DGC 255). También realiza este despertar religioso “cuando con ocasión de ciertos acontecimientos familiares o en fiestas señaladas se procura explicitar en la familia el contenido religioso o cristiano de esos acontecimientos” (DGC 226). En este sentido pensemos en la fuerza de anuncio que tienen las celebraciones fuertes del año litúrgico como la navidad y la pascua de resurrección, tradiciones de piedad popular y otras fiestas familiares como la renovación de los votos del matrimonio por parte de los padres o la renovación anual del bautismo de los niños. En esta lógica, la participación de la eucaristía

---

<sup>22</sup> Esto mismo puede leerse en el numeral 62, cuando trata de relación de distinción en la complementariedad entre primer anuncio y catequesis: “En la práctica pastoral, sin embargo, las fronteras entre ambas acciones no son fácilmente delimitables. Frecuentemente, las personas que acceden a la catequesis necesitan, de hecho, una verdadera conversión. Por eso, la Iglesia desea que, ordinariamente, una primera etapa del proceso catequizador esté dedicada a asegurar la conversión” (DGC 62)

dominical en familia junto con los niños pequeños es otro ámbito de despertar religioso y de educación en el sentido amplio de la comunidad cristiana, a la que la familia cristiana pertenece.

Este despertar religioso cumple para los niños pequeños bautizados o no la función del primer anuncio y no se debe identificar con la catequesis sistemática del catecumenado. Y es diferente, como lo afirma de nuevo el Directorio General para la Catequesis, porque es “una educación cristiana más testimonial que de instrucción, más ocasional que sistemática, más permanente y cotidiana que estructurada en periodos (DGC 255). Tampoco, como lo veremos, es igual la labor educativa de los padres en el despertar religioso y en el apoyo a la catequesis sistemática de la comunidad.

Para la Iglesia hoy, donde el primer anuncio como acción previa al catecumenado y a la iniciación cristiana tiene una importancia fundamental, el despertar religioso de los niños pequeños en familia es tarea de primer orden y ha de estructurarse adecuadamente. Lo que va a pedir de las comunidades cristianas y de las parroquias crear y generar los instrumentos adecuados para ello, así como brindar la formación pertinente y actualizada a los padres de familia. Y esta ha de comenzar desde antes del nacimiento del niño. Ha de fortalecerse durante el embarazo y continuar antes y después del bautismo, incluso si el bautismo no es solicitado por los adultos.

El fin del despertar religioso de los niños pequeños es el mismo fin de toda la acción misionera: la conversión y la adhesión a la fe. Es verdad que incluye información doctrinal, el aprendizaje de algunas oraciones y prácticas religiosas, la formación moral. Pero sería incompleta si no lleva a la conversión, a la opción de seguir a Cristo, de pensar como El, de vivir como El, de juzgar la vida como El. Claro está que esto debe lograrlo el niño como niño. El despertar religioso del niño pequeño es mucho más que la educación en una vaga espiritualidad tal como lo ofrecen algunos instrumentos en el mercado. Se orienta a hacer del niño como niño un discípulo de Jesús que vive la fe en la Iglesia. Con ello queremos decir que desde el despertar religioso estamos formando un cristiano que vive su fe más allá de la práctica religiosa tradicional, que no la reduce a cumplir con unos ritos muchas veces separados de la vida de fe y que no reduce la fe a unas normas de conductas morales.

El despertar religioso no es un asunto exclusivo del niño. Pide necesariamente una atención especial sobre el adulto (padres de familia) que presentan los niños a los sacramentos (Bautismo y Eucaristía). Es un hecho que si los padres no son despertados ellos, en primera persona, en su fe, no llevarán a cabo el cometido de despertar a sus hijos en la fe. Y esto es tarea de primer anuncio, de conversión y adhesión a Cristo. Lo que significa que tampoco en los padres podemos dar por supuesta la conversión. El despertar religioso de los niños como acción prioritaria del primer anuncio exige y pide, igualmente, el despertar religioso de los padres y de nuestras comunidades de fe. Toda comunidad cristiana debe apoyar a las familias en el desarrollo de su tarea educativa. Una acción de este tipo, es signo de una parroquia auténticamente misionera y evangelizadora. De una parroquia verdaderamente "despierta" y "despertadora", tanto de la fe de los adultos, especialmente de estos, como de los niños.

Pero si se quiere ir más a fondo del problema educativo de los hijos en la familia, habría que decir que dicha educación comienza desde la misma educación de los jóvenes en el noviazgo y de modo más próximo en la preparación al sacramento del matrimonio, ello si se sigue el proceso señalado para estos casos por el Juan Pablo II en *familiaris consortio*: “En nuestros días es más necesaria que nunca la preparación de los jóvenes al matrimonio y a la vida familiar (...). Los cambios que han sobrevenido en casi todas las sociedades modernas exigen que no sólo la familia, sino también la sociedad y la Iglesia se comprometan en el esfuerzo de preparar convenientemente a los jóvenes para las responsabilidades de su futuro (...) Por esto, la Iglesia debe promover programas mejores y más intensos de preparación al matrimonio, para eliminar lo más posible las dificultades en que se debaten tantos matrimonios, y más aún para favorecer positivamente el nacimiento y maduración de matrimonios logrados. La preparación al matrimonio ha de ser vista y actuada como un proceso gradual y continuo. En efecto, comporta tres momentos principales: una preparación remota, una próxima y otra inmediata (...) La formación religiosa de los jóvenes deberá ser integrada, en el momento oportuno y según las diversas exigencias concretas, por una preparación a la vida en pareja que, presentando el matrimonio como una relación interpersonal del hombre y de la mujer a desarrollarse continuamente, estimule a profundizar en los problemas de la sexualidad conyugal y de la paternidad responsable, con los conocimientos médico-biológicos esenciales que están en conexión con ella y los encamine a la familiaridad con rectos métodos de educación de los hijos, favoreciendo la adquisición de los elementos de base para una ordenada conducción de la familia (trabajo estable, suficiente disponibilidad financiera, sabia administración, nociones de economía doméstica, etc.).(FC 66).

#### *Familia cristiana y catequesis de iniciación*

Toda la rica reflexión del Magisterio hasta aquí enunciada de modo breve, es ya una constante en la Iglesia. Por ejemplo, el Directorio General para la Catequesis al hablar de los padres cristianos como educadores de la fe de los hijos y de la familia cristiana como ámbito comunitario de educación cristiana, afirma: “Los padres reciben en el sacramento del matrimonio la gracia y la responsabilidad de la educación cristiana de los hijos, a los que testifican y transmiten a la vez los valores humanos y religiosos. Esta acción educativa, a un tiempo humana y religiosa, es un verdadero ministerio por medio del cual se transmite e irradia el Evangelio hasta el punto de que la misma vida de familia se hace itinerario de fe y escuela de vida cristiana. Incluso, a medida que los hijos van creciendo, el intercambio es mutuo y en un dialogo catequético de este tipo, cada uno reciba y da” (DGC 227).

De este principio general, el mismo Directorio General diferencia dos momentos de esta educación en la fe de los hijos: el momento del despertar religioso infantil y el momento de la participación de la catequesis sistemática en la comunidad cristiana más amplia, más en concreto en la parroquia.

La participación en la catequesis sistemática de la comunidad es distinta del primer anuncio en su forma de despertar religioso. Los anuncios y el testimonio dado en el primer anuncio del despertar religioso, afirma el Directorio General, se “ahonda aún más si los padres

comentan y ayudan a interiorizar la catequesis más sistemática que sus hijos, ya crecidos, reciben en la comunidad cristiana” (DGC 226).

Sin entrar en este momento a describir de modo detallado las características de esta catequesis sistemática, su función de iniciación y su carácter catecumenal, es claro que el Directorio reconoce una función de primer orden de los padres y adultos en este momento. Tarea que viene descrita, en primer lugar, en términos de “ayudar a interiorizar” la catequesis sistemática que ofrece la comunidad.

Para lograr esto, pero también lo dicho acerca del despertar religioso en familia, dirá más adelante el Directorio General, que es preciso que la comunidad cristiana preste una atención especialísima a los padres. Y hasta señala algunos medios para hacerlo realidad: contactos personales, encuentros, cursos y catequesis de adultos (DGC 227). Para que todo esto no quede en acciones desarticuladas y esporádicas, el mismo Directorio va a pedir, para el caso de los niños, Adolescentes y jóvenes, que se ofrezca a ellos un proceso de iniciación cristiana, unitario y coherente, en íntima conexión con la pastoral familiar y la pastoral educativa (DGC 274). Señala así un principio educativo subrayado también en su momento por familiaris consortio sobre la relación entre la familia y otras fuerzas educativas: “La familia es la primera, pero no la única y exclusiva, comunidad educadora; la misma dimensión comunitaria, civil y eclesial del hombre exige y conduce a una acción más amplia y articulada, fruto de la colaboración ordenada de las diversas fuerzas educativas. Estas son necesarias, aunque cada una puede y debe intervenir con su competencia y con su contribución propia. La tarea educativa de la familia cristiana tiene por esto un puesto muy importante en la pastoral orgánica; esto implica una nueva forma de colaboración entre los padres y las comunidades cristianas, entre los diversos grupos educativos y los pastores” (FC 40).

Sobre la participación de los padres o adultos en este momento se hablo con suficiencia en los párrafos anteriores, razón por la cual remitimos a ello, recordando brevemente el propósito de la misma: hacer que los adultos sean sujetos de su propia fe.

### *Conclusión*

Hace varios años afirmaba un estudioso de la catequesis: “En este contexto la transmisión de la fe no resulta fácil, pues los ambientes tradicionales (familia, escuela, parroquia) han perdido fuerza en la transmisión de los valores humanos y cristianos. Razón por la cual, la transmisión en la fe ha de asumir una lógica nueva. No se puede seguir con actitudes y planteamientos propios de otro tiempo. En el mundo occidental no se puede continuar evangelizando como si todavía estuviésemos en una sociedad cristiana, usando procedimientos de transmisión de la fe que eran válidos sobre todo en aquella sociedad. El contexto social y cultural de la transmisión de la fe ha cambiado profundamente (mundo secularizado, pluralista, descristianizado, indiferente...). Se trata de un contexto misionero sustancialmente nuevo para la evangelización”.<sup>23</sup>

---

<sup>23</sup> Joseph GEVAERT, *Primera evangelización*, CCS, Madrid 1992, 9. También puede verse Valentín DE PABLO, *Hacia una nueva evangelización. Perspectiva pastoral*, en CENTRO SALESIANO DE PASTORAL

Hablar de contextos de crisis de educación y de transmisión de la fe no quiere decir que esta tarea hoy día sea imposible. Tampoco, si se piensa en la familia, que ella ya no puede desarrollar su tarea educativa. Tanto en el campo civil como eclesial se afirma que la familia sigue siendo ambiente educativo primordial y privilegiado. Se subraya también que nadie puede suplir o sustituir a los padres en la educación de los hijos.

Aunque la familia hoy haya cambiado tanto, ello no significa que no tenga ni posibilidades ni recursos para educar en la fe. La educación en la fe en familia no sólo es posible, sino que es además algo insustituible.

El actual contexto pide es una relación diferente entre familia y comunidad cristiana, para que ella pueda hacerse presente de modo vivo y activo en tanto en el momento del despertar religioso de los niños pequeños, como en el momento de la catequesis sistemática de iniciación de los adolescentes y los jóvenes. Como se dijo, ha de superarse la mentalidad de delegación, y apuntar a formar al adulto en una fe adulta. Un adulto con fe adulta y madura estará lleno de motivos para educar en la fe en sus hijos. Un adulto con fe adulta participa de modo activo de la vida de la comunidad y por lo mismo su familia hará parte de la vida de la comunidad. Lo que se pide, como fue dicho en el cuerpo del texto, es un salto cualitativo, o como también se dice hoy un verdadero cambio de paradigma. Que consiste en llevar a los adultos y padres a tomar conciencia que no sólo está en juego la educación en la fe de los hijos, sino, y que por sobre todo, su propia fe, su propia vocación bautismal y su vocación al matrimonio cristiano. A ello deben apuntar todos nuestros esfuerzos.